

sobre la política, pero no sobre el amor, y menos sobre las ardientes comunicativas expansiones amorosas.

Lo que aparece Madama Roland en la Historia es una estoica. Sería muy artificioso este femenil estoicismo, hechura de su voluntad y de su inteligencia, no de su íntima y propia naturaleza; por lo mismo se parecía mucho al estoicismo romano, distinto del griego, en que mientras brotó éste del pensamiento socrático, por modo espontáneo, como una congruente aplicación al derecho y al ser, de toda la metafísica y de toda la moral expuestas en las escuelas espiritualistas anteriores, el estoicismo romano apareció como una imitación calcada y puesta sobre su correspondiente calco por la voluntad y por las inteligencias, comprometidas adrede en tal empeño. No creer en el dolor, desamar el goce, desoir el sentido para los reclamos del vicio, hacer de la conciencia como el verdadero sol de la vida, no ceder á las tentaciones más imperiosas de la sangre, huir la voluptuosidad y adorar el deber: he ahí lo que madama Roland se proponía tras cualquier lectura de Plutarco y cualquier acto de su vida, que pudiera transcender, según su leal corazón, á conjurar una flaqueza. La escuela estoica tuvo en sus postrimerías, al acabarse la civilización antigua, más hombres que mujeres, como el cristianismo tuvo más mujeres que hombres al comenzar la civilización moderna. Para la conjura del mal una privación de la vida, y para la victoria sobre los vicios una grande ataxia de la sensibilidad; empeñarse, por no caer, en no andar; romper los nervios, cual se rompen las cuerdas de un arpa; cortar sus dos alas al deseo para no llegar en sus vuelos hasta lo malo; por esquivarse al tropiezo, escoger la parálisis; rehuir el combate por temor á la derrota podrían aparecer propósitos y actos hacederos en tiempo del esclavo Epitecto, apercebido á doctrinar y pulir un hombre sólo, Marco Aurelio; no á quien debía bregar, como la pobre Roland con el océano de la vida moderna. En eso de curarse del alma y abstraerse del cuerpo, puede haber una separación tal entre los dos elementos del sér humano, que se desprecie por completo, hasta macularlo el que se presenta como inferior á nuestros ojos, el cuerpo, con tal que puede creerse y decirse immaculado el superior, el alma. Una gran parte de las desgracias y de las contrariedades del mundo provienen de creer cumplir lo ideal en lo real, como si éste no tuviera límites é impurezas, cual no los tiene aquel, y ajustar la pasajera vida de todos los días á un eterno modelo de todos los tiempos, sin querer mirar para cosa ninguna las pasiones y los intereses humanos. En dos fases de la vida suya este idealismo estoico, tomado por Madama Roland de los libros, resalta, en su matrimonio y en su política. Bueno, muy bueno, verdaderamente óptimo que reine de un modo absoluto el deber severo y estoico sobre las relaciones de los cónyuges en el matrimonio; mas es mayor bien facilitar el cumplimiento de tal deber casándose por inclinación que no casándose por conveniencia, siguiendo al amor que no siguiendo á la razón. Un matrimonio de razón hizo Madama Roland, al casarse con hombre, que le llevaba lo menos veinte años, muy creída

de que podría suplir al sentimiento de amor en el matrimonio la pura idea del deber. Cumpliólo este deber hasta el fin madama Roland, y á pesar del número de implacables enemigos conjurados por su deshonra y perdición, pasa por una castísima esposa en el juicio de la posteridad y de la Historia. Mas ¿á qué costa? Combate consigo misma, tormentos continuos, maceraciones de asceta, apelación á su hija para que aquel rostro inocente y aquella mirada de ángel pudieran recordarla la necesidad de tener una madre honrada, confesión al marido de que no le quiere y de que quiere á otro, siquier esté dispuesta en su indomable carácter y por su rígida voluntad á no pecar jamás con el preferido de su corazón; tristeza y contrariedad por la cosa más natural del mundo, porque á su marido le molesta y ofende tal adulterio, aunque por ella confesado, y platónico de naturaleza, odioso para él; todo ello consecuencia de no haber dejado Plutarco traducido en la bella clásica traducción de Amyot y querer traducirlo á la vida. Pues lo mismo le pasó en la política. Desea la República y no atiende á si las circunstancias quieren admitirla y el estado mental de Francia puede consolidarla. Como no se cura si podrá guardar fidelidad á un hombre bueno, pero frío de complexión, y viejo para ella, tampoco se cura de si puede adaptarse á Francia la República: con proclamarla cree que todo se ha ganado, y con prestar un oral juramento y cumplir un deber personal cree que está casada.

Su modelo, su eterno ideal vivo, y según ella realizado en el tiempo y en el espacio, es la romana Porcia del inmortal Plutarco. Ninguna voluntad tan firme, como la voluntad que no toma en consideración los obstáculos, y que no atiende á ningún género de dificultades. Catón, aunque platónico de suyo, había llegado á una creencia muy extendida por los estoicos, á la creencia de que puede, cuando el alma lo pide y lo desea con voluntad, prescindir del cuerpo, y refugiándose dentro de sí misma, desatender y despreciar el dolor. Lo cierto es que una mujer como Porcia, hija del severo Catón, último romano, y esposa de Bruto, asesino de César, imaginativa, impresionable y delicada; con extraordinarias propensiones al placer como todas las mujeres de su tiempo, crecidas en aquel festín perpetuo; soportaba los dolores físicos y hasta los dolores morales con una paciencia y una resignación incomparables. La sabida por todos anécdota, que Plutarco nos cuenta en la historia de su inmortal esposo, dícenos cómo lo poseyera el estoicismo y como las grandes abstracciones, á las cuales consagrara su familia tan religiosa culto, pudieron abstraerla del dolor y de las aflicciones intensísimas, al dolor consiguiente. Una vez creyó Porcia que Bruto la tomaba por mujer vulgar y rehuía comunicar con ella propósitos y pensamientos, temerísimo de su locuacidad femenil. Entrada por sus segundas nupcias en aquel hogar, donde se reproducía el de su padre, pero mucho más unido con la sociedad y con el mundo, Porcia comprendió bien pronto que se hallaba incurso en una conspiración permanente, como esposa de un conspirador tenacísimo. En vano buscaba con empeño las ocasiones de hablar con Bruto y arrancarle alguna sincera confesión ó merecerle



alguna franquísima confianza. Cuanto más empeño mostraba Porcia en escudriñar el espíritu de Bruto, más éste se replegaba y recluía dentro de sí mismo, temeroso del desentrañamiento de su entrañable conciencia. Conoció Porcia el estado interior de su ánimo y se propuso darle una muestra patente de su voluntad soberana y de su reflexivo silencio. Toda mujer, dada la delicadeza de su sexo, la fuerza de imperio que tienen los nervios sobre su sensible complexión, los arrebatos y los fantaseos de sus facultades imaginativas, resiste menos, mucho menos que el hombre, los dolores físicos. Pero Porcia se había propuesto reproducir en su persona el tipo de aquellos sabios ideados por el estoicismo; diferentes á las adulaciones y á las injurias; superiores al dolor y al regocijo; de tal temperatura interior que ningún cambio puede alterarlos, y de tal menosprecio á la fortuna y á sus favores, que la creían inútil de toda inutilidad, siempre que se la combatiera y se la contrastara con una constante virtud. Porcia hizo, en verdad, mucho á fin de que su esposo la creyera de ánimo tan varonil y entero como el suyo propio; serena en los peligros; riente á las adversidades; al reclamo de los placeres sorda y á los esplendores del lujo ciega; íntegra bajo las ruinas del honor antiguo romano, como estatua de diosa no aplastada por el desprendimiento de las bóvedas de su templo; absorta en los ideales de virtud y deber como Bruto mismo; y apercibida con tenacidad incontrastable, como víctima de resignación indecible, al sacrificio y al holocausto de su propio sér. ¿No creeríais ante tal tipo sacado de las referencias del buen Plutarco, encontraros con una mujer como Madama Roland?

Porcia ideó un medio singular y extraño de mostrarse á su marido estoica. Apartada de todos, reclusa en su cuarto, sin auxilio de nadie, decidió darse á sí misma, por mano propia, un dolor, que se necesitaran sobrehumanas fuerzas para suscitarlo sin vacilaciones, y más que sobrehumanas para sufrirlo sin quejas. El soldado herido en la batalla pierde la cabeza, muda la color, vacila sobre sus plantas como edificio sacudido por el terremoto sobre sus cimientos y cae necesitando los socorros de las ciencias médicas y los recursos del arte quirúrgico para salvarse y reponerse. Pues si ella, en sus delicadas carnes, en su piel blanquísima, en aquel cuerpo acostumbrado á baños y perfumes, venciendo la sensibilidad inquieta de su débil sexo, superando el dolor insufrible para su delicadeza, podía una herida mortal abrirse y una enfermedad cruel procurarse, sin quejas, sin estremecimientos, con el vigor propio de un estoico, demostraba fácilmente á su marido cómo no tenía en Porcia tan sólo una compañera de su vida, sino un complemento de su alma, dispuesta como él mismo en aquella ocasión al combate y al martirio. En efecto, Porcia, con afilada navaja de afeitar, se hizo una herida tau profunda, que se abrieron sus carnes y se huyó por ella su sangre. Pálida, flaca, triste, desmejorando á la vista diariamente; su esposo, por más que le preguntaba las causas de un dolor y de una enfermedad por tantos síntomas á su penetración revelados, no podía sacarle palabra, como resuelta

Porcia en sus deliberaciones íntimas y en su conciencia personal á ocultar los dolores materiales, conforme Bruto le había ocultado á ella sus dolores morales. Veíase ir á más andar sobre su persona la muerte, y Porcia le presentaba sereno semblante y fría indiferencia, contentísima con emular á su marido en valor y en sufrimiento. Por fin, cierto día en que Bruto la importunaba pidiéndole con instancias que procurase recobrar la salud, indispensable siempre á los mortales, pero mucho más cuando intentan cosas altísimas para su patria y sueñan con proyectos graves; pagó Porcia este asomo de confianza revelándole cómo había hecho en su cuerpo una experiencia demostrativa de su poder y de su fuerza para dominar el dolor y de su derecho á compartir con el esposo amado todas las penalidades como todas las satisfacciones de su vida. Muy amargada en su interior de que hubiesen podido confundirla con el vulgo de mujeres gárrulas, á todas las emociones fáciles y sin reserva ni secreto alguno, quería enseñar al esposo cuánto la desconociera quien, tratándola muchos años, no sabía ni su paciencia, ni su heroísmo. Arrepintiósese mucho Bruto de haber ocultado sus pensamientos á Porcia, y le dijo en puridad con qué dolor veía el pueblo romano tender su cuello al yugo como cualquier bestia vil, constreñido por el poder de un general invencible y cegado por los resplandores de una gloria menos amable ciertamente que la divina libertad. Porcia, que no sólo había recibido en su cuerpo la complexión fuerte de aquel su padre Catón, descendiente y heredero de patricios rurales, sino que también las ideas, y las doctrinas, y las enseñanzas, juró asistir á su esposo en todas sus empresas y aceptar, si era necesario, el martirio, para devolver á la Roma patricia, decaída y agonizante, los sacros númenes de su histórica libertad. ¿No os parece esta escena una escena de la revolución, y esposos semejantes un matrimonio como el matrimonio de madama y monsieur Roland?

¡César! He ahí al hombre que debían combatir el patricio Bruto y su mujer Porcia. Estas dos entidades romanas representaban el Senado contra la dictadura, el privilegio de los patricios contra las tenaces aspiraciones de la plebe. En la nobleza romana, como en la nobleza británica, y como en la nobleza española, todos los nobles resultaban parientes, porque si las leyes cegaban el abismo entre las clases, no lo cegaban ciertamente las costumbres. Porcia y Bruto eran parientes. Servilia, madre de Bruto, era hermana de Catón, padre de Porcia, y por ende tía carnal de ésta. Porcia y Bruto eran primos hermanos. Y en esta familia dominaban dos tradiciones, la tradición republicana de Julio Bruto, que lanzó de Roma el postrer Tarquino, y la tradición patricia de Catón el Censor, que defendiera los antiguos privilegios nobiliarios contra la clase de los caballeros, contra la clase media, contra los nuevos patricios enriquecidos por el comercio y separados del campo y agricultura, contra la plebe socialista suscitada por los Gracos, sus tribunos, y contra los italianos y extranjeros por los Gracos atraídos, á causa de ofrecerles y presentarles el antiguo privilegio de la ciudadanía romana. Pues bien, César no era otra cosa, no significa-



ba otra cosa, no pretendía otra cosa que representar é imponer la idea de Graco, por medio de la dictadura. El era personificación de las leyes agrarias, él era eco de las tenaces aspiraciones socialistas, él era llamamiento de los latinos y aun de los extranjeros á la ciudadanía romana, él era odio al Senado y odio al patricio, él era propensión á disolver ó transfundir el espíritu de Roma en la humanidad y el espíritu de la humanidad en Roma. Con decir tales características de su espíritu, hemos dicho las causas de su enemiga implacable con Porcia y con Bruto. Pero, en tal madeja, digámoslo así, de ideas y de principios naturales á la familia Porcia, entraba un factor extrañísimo, que presta mucho relieve y color, mucho interés trágico al personaje de Bruto. Este factor es la pasión de Servilia por César. Tal pasión había llegado hasta el extremo de atribuir la excelsa dama en sus adentros la paternidad natural de su hijo Bruto al glorioso dictador. Y atribuyéndole semejante paternidad, nada tan propio de un alma femenil como ir ingiriendo en su hijo con precaución y medida, pero con perseverancia y con tenacidad, el culto á César. No sabemos hasta dónde llegara este culto y lo que hiciera en la vida y en la historia del joven y adusto republicano, de no combatirlo un ejemplo, como el de su tío y suegro Catón, y un amor como el de su prima y esposa Porcia. El austero patricio, que invocaba todos los días, cual sagrado numen, la historia de los Catones, habíala elevado á una especie de religión doméstica, y en esta religión doméstica naturalmente asoció á sus ritos, á sus dogmas, á sus tradiciones, á su culto, la hija Porcia, especie de vestal, que guardaba en el templo de su hogar tan excelso la llama de aquella gloriosa vida vinculada en los suyos y resplandeciente de luminosísimas ideas. Todo lo que pudiera influir á favor de César en el alma de Bruto Servilia, lo contrastaba con su amor y con su representación la poderosa é influyente Porcia.

Mas para honra del género humano surgió la personalidad estoica de Catón. Y debemos contemplarlo, porque los Rolans eran estoicos y Catón aparece como la imagen del estoicismo. Pocas almas nos interesan en el grado de su alma, pues Porcia calcó la suya propia sobre la severa y rudísima de su padre. Asceta, verdadero asceta el patricio, en medio de la sociedad, con el ascetismo propio de un repúblico antiguo; sus virtudes privadas y particulares no llegan al nivel mismo de sus virtudes públicas. La idea de libertad excepcional, y la idea de patria romana, y la idea de gente patricia resplandecían en su alma sobre la idea de familia y sobre los conceptos fundamentales de la moral privada. En esto le aventajaba Roland, ingenua y sinceramente virtuoso. El poeta de los estoicos, de los republicanos, de los vencidos en Farsalia, el tribuno inmortal que se alza con sus versos vengadores y sus cóleras sublimes frente á frente de César y de su victoria, el épico de toda esta catástrofe, Lucano, recuerda sin escrúpulo, al presentarlo en apoteosis, la vuelta de su mujer, cedida á Hortensio y reincorporada de nuevo en su amor, en su hogar, en su lecho, viuda ya del orador, y después de haber con su cuerpo servido al aumento de

una familia noble y dado en otra parte y á otra estirpe retoños nuevos con sus varios hijos. Un satírico pintaba de esta suerte la posición del romano respecto de su mujer: «La entregó joven y se la devolvieron rica.» En una de sus correrías por Oriente, como le hospedara cierto rey del Asia menor en su palacio, le captó y enamoró la mujer. Llamábase Psiquis ésta, y la palabra psiquis en griego significa tanto como alma, por lo cual decían, que tuvo Catón *el Joven* una alma regia, paseándosele por un cuerpo republicano. Mas fuere de todo ello lo que fuere, su característica principal es la protesta enérgica contra la victoria bruta. Y tal protesta, que transmitió á su hija Porcia, estoica también, brilla sobre su tumba, su nombre, su historia, su política, su tradición toda entera con resplandor inextinguible, á cuya calorosa luz muchas almas se avivan en la virtud y se resisten al Estado. Catón demuestra la libertad humana en su vida y en su muerte, pues nada enseña tanto la posesión del hombre sobre sí mismo como la facultad omnimoda de inmolarsé y sacrificarse, disponiendo de sí propio al dictado de la conciencia é imposición y mandato de la propia voluntad. El bruto está de tal suerte por sus instintos encadenado, que no puede sustraerse al deseo de vivir; pero en nosotros, en la especie humana, el instinto de conservación, tan fuerte se halla sometido por completo así á la conciencia como á la razón, y bajo el dominio verdaderamente omnimodo de la voluntad individual. Rehacerse contra la victoria con reacción tan sublime como la del estoico romano, y disponer de sí mismo hasta darse con serenidad la muerte, actos resultan en presencia de los cuales habrán las generaciones de prosternarse como ante las aras donde han caído los mártires, y como ante la cruz donde han muerto los redentores. Y cuando con vigor de conciencia tan grande y una fuerza de voluntad tan verdaderamente incontrastable, se transmiten por herencia de un hombre fuerte como Catón á una débil mujer como Porcia, nuestra estima, la estima de tales virtudes extraordinarias debe crecer en proporción y en medida con su increíble inverosímil grandeza. Sublime y muy elevada el alma de Catón, impuesta y librada en el culto á la república, pero mucho más elevada y sublime cuando se piensa y se considera cómo ha sabido transmitirla en vínculo hereditario á una mujer cual Porcia, quien, muerto su padre, la recibe y la guarda en su seno con sus ideas capitales, resplandeciendo después de transpuesta en el sepulcro como el sol puede resplandecer en los celajes de una tarde serena después de puesto en el ocaso. El individualismo cristiano-germánico de los tiempos modernos suma en el hombre virtudes privadas, mas resta virtudes públicas; la confusión de los individuos con los Estados en el mundo antiguo; lo que podríamos llamar más ó menos gráficamente socialismo heleno-latino, suma en el hombre virtudes públicas y resta virtudes privadas. Por tal motivo no debe maravillarnos que un transmisor de la propia mujer á otro como Catón, y un usurero de sus rentas y provechos como Bruto, sean para la posteridad modelos acabadísimos y perfectos de públicas virtudes. Catón resistió á César. El poeta cordobés lo ha dicho en la frase quizás más profunda y más her-